

dad; esta nacion, digo, que en medio de todos estos males, bajo los auspicios de María, supo triunfar de todos los desórdenes y de las maquinaciones de sus enemigos, y volvió á recobrar su antiguo esplendor, su religion, sus templos, sus altares, su culto; experimentará el efecto de las promesas de su protectora; María no permitirá que su confianza sea ilusoria.

Así lo esperamos, ó Reina del empíreo, sublimada sobre todas las jerarquías celestes. Así lo esperan estos vuestros fieles devotos, cuyos deseos son que vuestro amor se encienda en todos los corazones, y que todas las lenguas celebren vuestras alabanzas. Así lo espera todo este pueblo, que os rodea y aclama ciudad de refugio, lugar de asilo y tabernáculo de propiciacion. Así lo espera ese gérmen electo, ese real é ilustre sacerdocio, gente santa, pueblo de adquisicion, y yo en nombre de todos me atrevo, ó madre amantísima, á presentaros sus votos y deseos. Harto sabemos cuánta necesidad tenemos de vuestro patrocinio. Ahora mas que nunca se hace preciso desarrolléis en favor nuestro todo el caudal de vuestra piedad y misericordia sin límites. Cesen, ó Virgen santa, cesen ya los males que nos aquejan. Que en lugar de las turbulencias y divisiones que agitan este país vuestro por excelencia, renazca la paz y la union, precursoras de una verdadera época de ventura y felicidad: que arda en los pechos de todos el sagrado fuego de vuestro amor y culto; y que todos os aclamen su vida, su dulzura, su esperanza en esta vida, para que en la otra vos misma seáis su gozo, su felicidad, la que ciñáis sus sienes con la corona inmortal de la gloria.

DISCURSO

DE

NUESTRA SEÑORA DE LOS ÁNGELES.

(DE TRONCOSO.)

Signum magnum apparuit in caelo; mulier amicta sole, et luna sub pedibus ejus, et in capite ejus corona stellarum duodecim.

Hé aquí el gran prodigio que apareció en el cielo: una mujer vestida del sol, y la luna debajo de sus piés, y en su cabeza una corona de doce estrellas.

Apocalipsis, c. 12. v. 1.

Regina angelorum: ora pro nobis.

Rogad por nosotros, ó Reina y Señora de los ángeles.

La Iglesia en la Letan. lauret.

Si es indisputable que la devocion y culto de María data desde la mas remota antigüedad, no lo es ménos que desde los primeros siglos del cristianismo se vieron brotar enjambres de viles insectos que, apurando los quilates de su pérfida malignidad, se declararon enemigos irreconciliables de esta bella criatura, obra maestra de la diestra del Excelso, y reproduciéndose sin interrupcion en todas épocas, dejaron marcadas, por donde quiera que pasaron, las inmundas huellas de su impiedad. Pero esta impiedad parece haber llegado á su apogeo en un siglo, cuyo genio eminentemente destructor, no contento con adoptar los principios de muerte de los que le han precedido, ni satisfecho con recoger la escandalosa herencia de los

prohombres de Ferney y de Ginebra, de los hipócritas cuanto orgullosos arnaldistas y quesnelianos, solo tuvo el funesto talento de añadir nuevos errores á los de aquellos, y de apurar el sofisma, hasta dejar al hombre en la mas horrible desnudez, aislado en sí mismo, sin vínculos, sin centro, sin unidad, sin porvenir, sin esperanza, sin Dios!

Porque ¿qué medio nos resta de reconciliacion con el Padre sin el Mediador eterno, por quien únicamente puede hallar acceso al trono de la piedad y de la misericordia el hombre delincuente? Y ¿cómo podríamos acercarnos á este medio, que nos pone en contacto con la Divinidad, sin aquella que ha sido constituida medianera nuestra para con su divino Hijo? Ó María! sin vos el hombre nada tendria que esperar. Hija de Adán como nosotros, como nosotros participante de su carne y de su sangre, si bien excluida de su culpa, y toda llena de los celestiales influjos de la gracia desde vuestro primer instante venturoso, sois la única que podéis inspirar en nuestros pechos aquella confianza filial que nos hace esperar las misericordias del Señor. Si pues vos nos faltáis, preciso será renunciar á nuestra eterna ventura, lanzarnos en el caos de la desesperacion, perecer deberemos para siempre: y seria esto posible?

Á esto tienden, católico y religioso pueblo, las envenenadas máximas del siglo. Fijando en el sepulcro el fin único de la criatura, nos han cerrado para siempre las puertas de la inmortalidad. Señalando con el dedo el polvo de la tumba, los gusanos, la podredumbre, la nada, nos han dicho: ese es el hombre! mas allá nada existe; todo es caos! ¿Qué pues les restaba por hacer á esos destructores imbéciles del hombre, á esos importunos panegiristas de la muerte? Si esta es la destruccion total del ser humano, ¿á qué insistir ya en multiplicar sus declamaciones impías contra el culto de María? Acaso porque es fanático y supersticioso? Insensatos! Y aún cuando así fuese ¿puede esto perjudicar en nada al interes personal ó al bien de la sociedad? ¿Por qué pues no dejáis en pacífica posesion de sus creencias á los que en este culto inocente é inofensivo fundan el consuelo de sus aflicciones, el alivio de sus males y la esperanza de su porvenir?

Sin embargo ¿quién ignora los afanes, los desvelos de la incredulidad moderna por arrancar de los pechos católicos la confianza, que inspira á los descendientes de la Eva culpable el va-

ticinio pronunciado en las amenidades del Eden en favor de la Eva reparadora? ¿Qué otra cosa son las almiaradas teorías de los jansenistas, la regeneracion ideal de los sansimonianos, los errores de los ermesianos, sino el eco, si bien desgastado é inútil, del bronco grito que en sus dias lanzaron los Dióscoros, los Eutíques, los Luteros y Calvinos, y toda esa serie de herejes, á quienes el mundo es deudor del ateísmo que lo deshonra?

Pero si entre los descendientes de estos y entre los mismos que con impudencia inconcebible se arrojan el honroso título de cristianos, se encuentra una multitud prodigiosa de espíritus ciegos que osan despreciar el culto de María, no es ménos cierto que cuanto el mundo cuenta todavía de sabio y verdaderamente ilustrado, no se desdeña de agruparse en rededor del solio majestuoso de esa venturosa mujer, que cual signo portentoso vió aparecer el apóstol de Pátmos en lo mas encumbrado del cielo, vestida del sol, calzada de la luna, y ceñidas sus sienes con una corona de doce estrellas. En efecto el nombre de María resuena hoy mas que nunca, y se pronuncia con gloria en todos los idiomas del globo conocido. Las orillas del Eufrates escuchan sus alabanzas; y en el celeste imperio, en el Japon y en el orbe todo se la aclama bienaventurada, segun ella misma vaticinó en su misterioso cantico: *Ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes* (1).

Pero ¿qué mayor prueba de esta devocion fervorosa, que el espectáculo que hoy se ofrece á nuestra vista? Ah pueblo venturoso! ¡cuán satisfactorio me es publicar en este dia las glorias que te ilustran! Yo abro tus anales, atravieso siglos, retrocedo un sinnúmero de generaciones, y por todas partes encuentro vestigios de la piedad con que tus antepasados veneraron á la incomparable vírgen María, piedad que fué recompensada en todos tiempos con una proteccion singularísima; prueba evidente de cuán aceptables le son los obsequios que se le tributan bajo ese misterioso al par que augusto título de *reina y señora de los ángeles*. Ni podiais haber adoptado otro que mas propiamente cuadre á una criatura que por un órden providencial y extraordinario, fué escogida entre todas las hijas de Adán para una dignidad, que reasume en sí toda la grandeza y la

(1) *Luc. c. 1. v. 48.*

mayor elevacion posible despues del supremo Criador. Decir *reina y señora de los ángeles*, es decir lo que no es posible comprender; porque ¿quién será capaz de sondear el abismo de gracias y perfecciones que encierra este título misterioso? No seré yo, católicos, quien tal intente; comprometido á formar el elogio de vuestra amantísima patrona, no haré mas que ceñirme á manifestaros *cuán justamente la aclamáis reina y señora de los ángeles, puesto que este augusto dictado fluye necesariamente de la doctrina de la Fe, y es el lenguaje sublime de la tradicion de todos los siglos.*

Para el acierto en el desempeño del asunto propuesto, ayúdame á implorar los auxilios divinos, por la mediacion de esa Virgen única; y al efecto saludémosla todos con la mayor reverencia, como lo hizo el celestial arcángel. *Ave María.*

PRIMERA REFLEXION.

He dicho, católicos oyentes, que llamar á María reina y señora de los ángeles, es un lenguaje que fluye necesariamente de la doctrina de la Fe, y aún nada creeria aventurar, si me atreviese á añadir, que la Fe misma es la que nos obliga á prodigarle este majestuoso dictado. Porque si la Fe es la que, por el órgano de los sacrosantos Concilios de Nicea, Éfeso y Calcedonia, nos enseña que María es y debe llamarse con toda propiedad madre de Dios, en razon de haber sido la que, por operacion del divino Espíritu, concibió en su purísimo y virginal seno al adorable Verbo, y le dió á luz de su propia sustancia, la Fe es la que nos hace inferir, que en virtud de esta dignidad inefable, es superior á toda la naturaleza criada, sin exceptuar á los mas encumbrados espíritus que rodean el trono del Altísimo. Y ¿quién osaria disputar á esa Virgen excelsa esta superioridad universal sobre todas las criaturas terrestres y celestes? La que en virtud de su autoridad maternal pudo imponer sus preceptos al Hombre-Dios, le vió sumiso y obediente á su voluntad, y pronto á ejecutar con la mas perfecta deferencia sus meras insinuaciones (1), ¿no deberá ser juzgada superior de todo punto á los ángeles, reina y soberana señora de todas

(1) *Luc. c. 11. v. 51.*

las jerarquías que adoran á su divino Hijo? Si Jesucristo es rey, ha dicho un vasto y profundo ingenio, con justísima razon María su divina madre debe llamarse reina (1); y esto desde el instante mismo en que advertida por el ángel Gabriel de que habia sido escogida para madre de Dios, prestó su asentimiento á las disposiciones del cielo, pues que aquel *fiat* admirable le mereció, en sentir del P. san Bernardino de Sena, el imperio de todo el universo, el dominio del mundo y el cetro del reino celestial sobre todas las criaturas (2). Si los ángeles primitivos por la soberbia con que pretendieron escalar el trono de Dios y asemejarse al Altísimo, se hicieron acreedores á ser arrojados á las profundidades del averno, María en recompensa de aquella humildad profundísima, con que se declaró la esclava del Señor, abatiéndose hasta el polvo, puntualmente cuando se le anunciaba su mayor grandeza, fué dignamente ensalzada hasta lo mas elevado del empíreo, y constituida el terror de los demonios, la reparadora de los hombres y la restauradora de los ángeles.

De aquí nos es lícito concluir con el citado Padre, que cuantos sirven y adoran á Dios en el cielo y en la tierra, tantos sirven y reverencian á su augustísima madre (3). Si pues millares de millares de ángeles ministran al Rey de las eternidades, si toda la corte de espíritus celestes rodean el trono del Cordero, y cantan sin cesar loor, alabanza y bendicion al que los redimió con su sangre, y arrojan sus coronas ante el solio majestuoso del Monarca universal de todos los siglos; millares tambien de millares alaban y engrandecen á aquella que, por haber suministrado su sangre purísima para el inefable misterio de la reparacion, fué digna de ser ensalzada á la cualidad augusta de Reina del empíreo, en donde, sentada majestuosamente á la diestra de su divino Hijo (4), es coronada por él como madre, por el Eterno como hija, y por el Espíritu santo como esposa agraciada. Toda la Trinidad beatísima contribuye á engrandecer y glorificar á esta incomparable criatura. Elevada en cierto

(1) *Si ipse rex est qui natus est de Virgine, mater quæ eum genuit regina et domina proprie ac vere censetur.* Athanas. Serm. de Deip.

(2) *Hæc autem Virgo in illo consensu meruit primatum orbis, dominium mundi, sceptrum regni super omnes creaturas.* Bern. de Sen. tom. 2, p. 51.

(3) *Tot creaturæ serviunt gloriosæ Virgini, quot serviunt Trinitati; omnes namque creaturæ, sive angeli, sive homines, et omnia quæ sunt in cælo et in terra, quia omnia sunt divino imperio subjecta, gloriosæ Virgini sunt subjectæ.* Bern. de Sen. tom. 2, c. 61.

(4) *Psalm. 14. v. 10.*

modo á un órden hipostático por efecto del incomprensible misterio de la encarnacion de la segunda persona en sus entrañas virginales, es imposible dividir su dominacion de la dominacion del Verbo sobre todo cuanto existe, á no separar la carne del Hijo de la carne de la Madre, ha dicho con admirable energía una sapientísima pluma (1); lo cual siendo irrealizable, resulta ser comun la gloria de María con la de Jesucristo, é idéntica hasta cierto punto su soberanía sobre los ángeles y espíritus bienaventurados (2).

Aventurada tal vez y aún sobradamente temeraria pudiera pareceros esta expresion, católicos oyentes, si contentándoos con mirarla en la superficie, no os paraseis á investigar el genuino y verdadero sentido en que debe entenderse. Léjos de nosotros suponer una identidad perfecta, una igualdad de nivelacion entre Jesus y María. Error, blasfemia! Sabemos muy bien que Jesucristo, haciéndose hombre, no dejó de ser verdadero Dios; que como tal dista infinitamente de la criatura, y que en este concepto, María se halla separada por una distancia infinita del que la crió. Pero ensalzada esta señora á una dignidad la mas inefable, cual es la divina maternidad, no dudamos afirmar y sostener, que ella es lo mas perfecto, lo mas singular, lo mas grande y peregrino que ha salido de la omnipotente diestra, y que si bien Dios pudo criar un cielo mayor y mas hermoso, un mundo mas lleno de maravillas, astros mas brillantes que los que matizan las celestes bóvedas, jamas pudo criar una madre mas agraciada y perfecta que María (3). Todo cuanto hay de mas grande en el universo es menor que la Virgen, y en el cielo solo el Artífice supremo sobrepuja á esta obra maestra y colosal de su omnipotencia. Luego María es superior á todos los espíritus celestes, es la soberana señora de los ángeles. Y si no, ¿á quién de ellos fué dado el poder decir á Dios: *tu eres mi hijo?* Á ninguno: solo á María ha sido conferido este honor; ella es la única que puede decirle con toda

(1) *Neque à dominatione Filii Mater potest esse sejuncta: una est Maria et Christi caro.* Arnold. abb. de laud. Virg.

(2) *Filii gloriam cum Matre, non tam communem judico quam eandem.* Id. loc. cit.

(3) *Esse Matrem Dei est gratia maxima puræ creaturæ conferibilis. Ipsa est quam majorem facere non potest Deus. Majorem mundum facere potest Deus, majus cælum; majorem quam Matrem Dei facere non potest.* Bonav. in Spec. B. Virg. lect. 10.

verdad: yo te he engendrado de mi propia sustancia, y esa sangre que vertida en la cruz sirvió de expiacion por los delitos de todos los hombres y reparó las ruínas de los ángeles, ha circulado ántes por mis venas y manado de mi mismo corazon: *Filius meus es tu: ego hodie genui te* (1). Qué grandeza tan incomprensible! qué dignidad tan elevada! Ahora bien, católicos, si conforme á aquel principio tan conocido del Doctor angélico, en proporcion que una cosa se aproxima mas á su origen, tanto mas participa de sus propiedades y perfecciones, siendo María la criatura mas próxima á Dios por su dignidad de madre del Verbo, ¿podrá haber otra que como ella participe de su gloria y de los homenajes que se le rinden en el cielo y en la tierra? ¿Á quién mejor podrá convenir el dominio, ni con mas justicia atribuirse el dictado de reina de los ángeles, que á aquella que mereció concebir y dar á luz al que continuamente sirven los ángeles, y á quien cantan tres veces *santo* los mas encumbrados serafines? Ó María! con razon te aclaman bienaventurada todas las generaciones; y no solo en este suelo la generacion de los justos, sino tambien en el cielo la generacion de los ángeles, la generacion de los arcángeles, la generacion de los querubines, la generacion de los serafines, y los Tronos, y las Dominaciones, y las Potestades, y los Principados, y las Virtudes te llaman su reina, su señora y soberana, porque á ti sola, despues de Dios, es debido, como á hija, madre y esposa del Monarca celestial, el imperio y la soberanía sobre todas las criaturas (2).

Así exclamaba un santo doctor en los excesos de admiracion que le causaba la grandeza sin par de esa Reina de los ángeles. Ni es de extrañar, cuando los ángeles mismos, absortos y pasmados á vista de beldad y magnificencia tanta, no pueden menos de compararla á la aurora que alegra y vivifica la naturaleza, al sol que brilla en el firmamento, á la luna que ahuyenta las sombras de la noche, y á una multitud de ejércitos aguerridos y bien disciplinados, cuando se preparan al combate. Si en la tierra, en donde tuvieron principio las glorias de esta Virgen de vírgenes, un espíritu de primer órden la saluda humilde-

(1) *Psalm. 2. v. 7.*

(2) *Perge, Maria, perge segura in bonis Filii tui; fiducialiter age: tamquam regina, mater Regis et sponsa, tibi debetur regnum et potestas.* Gueric. Abb. apud Liguor. Glor. de Mar. tom. 1, cap. 1.

mente llena de gracia, poseída del Espíritu del Señor y bendita entre todas las mujeres (1); en el cielo no uno, sino todos los coros angélicos admiran sus gracias y perfecciones, y como á esposa predilecta del Triunfador augusto de la muerte y del infierno, le decretan los mas pomposos triunfos, y la ovacion mas magnífica que concebirse pudo. Y todo esto, católicos oyentes, ¿no se debía de justicia á aquella que, constituida madre del Salvador del linaje humano, fué el Arca viva y verdadera, en donde la infinita Sabiduría obró la reconciliacion del mundo, la salvacion de la humanidad náufraga en el diluvio de la culpa y la santificacion de los ángeles? ¿Quién sino María ha sido el acueducto por donde el esclavo recibió la libertad, el enfermo la salud, el afligido el consuelo, el pecador el perdon, el justo la gracia, el ángel la alegría, y toda la Trinidad beatísima la gloria? (2) Instruidos pues por la doctrina de la Fe de que María es madre de Dios, y siendo este augusto título el fundamento de toda su grandeza, ¿dudáramos afirmar que esta misma Fe nos autoriza, y aún nos obliga, á llamarla reina y señora de los ángeles? En ninguna manera; ántes bien añadimos, que este dictado augusto viene siendo el lenguaje constante y sublime de la tradicion de todos los siglos. Ved aquí el asunto de la

SEGUNDA REFLEXION.

No bien se hubo pronunciado en el mundo el nombre de María, cuando en todas partes se la oyó aclamar reina y señora de los ángeles. Apénas ensalzada esta augusta Virgen al cielo, ya el discípulo amado la ve en su maravilloso éxtasis, rodeada de los resplandores del sol, pisando con su victoriosa planta la luna, y ciñendo como reina una diadema de luminosas estrellas. Esto era en el siglo primero de la Iglesia; sucede á este el segundo, y tras él todos los demas; en todos ellos se multiplican los elogios de aquella majestuosa Reina, y escrito se lee en las producciones de los mas sublimes ingenios el título de soberana señora de los ángeles. Abríd esos monumentos preciosos de la tradicion: ahí leeréis, « que no es posible hallar compara-

(1) *Luc. c. 1. v. 28.*

(2) *De plenitudine ejus accipiunt universi; captivus redemptionem, æger curationem, tristis consolationem, peccator veniam, justus gratiam, angelus lætítiam, denique tota Trinitas gloriam.* Bern. Serm. in Sig. magn.

cion alguna entre los espíritus celestiales y la virgen María, porque sola ella es mas gloriosa por su dignidad inexplicable de Madre de Dios, que todas las jerarquías de los ángeles. » Así se expresa san Efrén de Siria (1). « Dios haciéndose hijo de la Virgen, la constituyó en una altura superior á la de todos los santos y ángeles. » Este es el idioma de Arnolfo Carnotense (2). Unas veces oiréis á san Anselmo afirmar, « que el solo título de madre de Dios dado á María, sobrepuja cuanto pueda decirse ó pensarse en su elogio; » pensamiento que coincide perfectamente con el del sapientísimo abad de Céles, cuando decia: « dad norabuena á María cuantos nombres brillantes inventar pudiereis; llamádlas reina del cielo, señora de los ángeles, emperatriz del universo; todo ello y mucho mas se incluye en su dignidad de madre del Verbo, en virtud de la cual ha sido dada á los ángeles por su restauradora, á los hombres por su reparadora, y á los demonios por enemigo terrible é incansable (3). » Otras, admiraréis el entusiasmo piadoso de un Guillermo, que con las palabras mismas que la Iglesia dirige á María en su asuncion gloriosa á los cielos, la felicita por haber sido ensalzada sobre los coros angélicos, de tal manera que nada reconoce superior á sí misma sino á su Hijo benditísimo, que es el Unigénito de Dios (4). »

Pero nada tan sublime en este punto como el lenguaje del Crisóstomo. « Verdaderamente (escribe) fué un prodigio portentoso la bienaventurada virgen María: si contempláis su grandeza ilustre, jamas pudo hallarse cosa semejante, porque excede al cielo y á la tierra: si investigáis su excelencia, ni los profetas, ni los apóstoles, ni los mártires, ni los patriarcas, ni los ángeles, ni los Tronos, ni las Dominaciones, ni los serafines, ni los querubines, ni cosa alguna entre las criadas, visibles ó invisibles, pudo sobrepujarla ni igualarla. Es la madre de aquel que ántes del principio fué engendrado por el Padre, á quien los ángeles, no ménos que los hombres, reconocen por señor de todas las cosas. ¿Deseáis conocer la superioridad de la

(1) *Nulla comparatione cæteris superis est gloriosior.* Orat. de laud. Deip.

(2) *Maria constituta est super omnem creaturam.* Tract. de laud. Virg.

(3) *Si cæli reginam, si angelorum dominam, vel quodlibet aliud protuleris, non assurges ad hunc honorem quo predicatur Dei genitrix.* Lib. de Pan. cap. 31.

Non tantum sibi te fecit, sed te angelis dedit in instaurationem, hominibus in reparationem, demonibus in hostem. Ans. in prol. Conc. Virg.

(4) *Serm. 4. de Assumpt.*

Virgen sobre todas las Potestades del cielo? Pues sabéd que estas asisten en su presencia con temor y temblor, cubriendo sus rostros en testimonio de su reverencia; miéntras que María ofrece á su Unigénito todo el linaje humano, para que por sus méritos consiga el perdon de sus culpas y la eterna salvacion (1).

No es posible, oyentes míos, no es posible reasumir en un breve discurso los testimonios de diez y ocho siglos: por mas que lo intentásemos, jamas el éxito de nuestra empresa corresponderia á nuestros deseos. Yo os diria con el Doctor angélico, que aquella cuyo mérito sobrepujó al de todos los hombres y ángeles, debió ser y fué de hecho ensalzada sobre todos los órdenes celestes (2). Os repetiria con san Pedro Damiano, que á la manera que la luz de la luna y demas astros que embellecen el firmamento, desaparece en presencia del sol, del mismo modo María oscurece de tal suerte en la gloria el resplandor de todos los espíritus angélicos, que parecen no existir delante de ella (3). Añadiria con san Bernardino de Sena, que así como todos los planetas reciben la luz del sol, no de otro modo los ángeles y todos los habitantes del cielo reciben luz y gozo mayor de la vista de María (4). Y aún despues de todo esto ¿cuántas cosas mayores y mas sublimes me restarian por decir? Enmudezcamos pues en un asunto de suyo interminable; y reconociendo con el sapientísimo Gerson, que María excedió casi infinitamente á los ángeles en beldad, en gracias, en virtudes y méritos desde el momento mismo de su animacion; que desde entónces poseyó todas las perfecciones de las criaturas, no ménos que el primero de los ángeles posee todas las de sus inferiores; que constituye en el cielo una jerarquía aparte, mas sublime que las jerarquias angélicas, y la segunda despues de Dios (5); concluyamos sin vacilar que esa Virgen excelsa es la verdadera reina y soberana señora de los ángeles, é incomparablemente mas que todos feliz y bienaventurada.

Hé ahí, católicos, el lenguaje de la tradicion, el idioma de los Padres y Doctores de la Iglesia católica. Ni uno solo hay que haya dejado de reconocer y admirar las eminentes prerogativas de María sobre todos los coros angélicos; ni uno que no la haya

(1) *Joann. Chrys. Serm. de Deip. apud Metaphrast.*

(2) *Thom. Aquin. Lib. de Sol. sanct.*

(3) *Petr. Dam. Serm. de Assumpt.*

(4) *Bernard. Sen. tom. 1. Serm. 61. art. 3. cap. 3.*

(5) *Gers. supra Magn. tract. 4.*

venerado con el mas cordial afecto. Los siglos y las generaciones vienen sucediéndose unas en pos de otras; todas le elevan templos y le dedican altares; y ni pueblo, ni altar, ni templo alguno hay en el orbe católico, en donde veces mil no se le haya prodigado ese augusto dictado; en todas partes ha cantado y canta la Iglesia: *Regina angelorum, ora pro nobis.* ¡O Reina y Señora de los ángeles, rogád por nosotros!

¡Cuántas veces no habéis repetido estas palabras vosotros! ¡Cuántas estas sagradas bóvedas contestaron al eco triunfal de Reina de los ángeles, que vuestros labios pronunciaron con entusiasmo, y que con emocion igual repetian tambien vuestros hijos! Sí, pueblo religioso, todo en ese asilo venerable respira amor hácia tu dulcísima patrona; todo en él te predica á grandes voces la confianza ilimitada con que debes recurrir á sus piedades. Á ellas recurrieron tus antepasados, y jamas quedaron burladas sus esperanzas. No porque las sombras del olvido hayan extendido su manto sobre los prodigios sin cuento obrados por la invocacion de María de los ángeles, creas que son ménos ciertos los que por el canal de una tradicion constante y no interrumpida han llegado á tus oídos. ¿Quién jamas la invocó con fe y corazon puro, y dejó de ser escuchado? ¿Quién con sinceras intenciones le confió el éxito de sus empresas, y fué desatendido? ¿Quién ante sus sagradas aras derramó lágrimas de verdadera compuncion, y no fué consolado?

Ah! no es posible suponer ni indiferencia, ni olvido, ni ingratitude en aquella Virgen adorable, que aunque ensalzada á ser reina de los ángeles, no por eso dejó de ser madre cariñosa y compasiva de los hombres. Preguntád á vuestros padres, y os dirán lo que en todos tiempos fué para ellos esa Virgen adorable. Cuando en la esterilidad clamaron hácia ella; cuando en la angustia en que los sumian los recios temporales, le ofrecieron sus votos y plegarias; cuando amenazados de guerras intestinas, se refugiaron bajo su maternal manto, ¿no experimentaron los dulces efectos de su amor y de una proteccion decidida y patente? Á quién invocaron en todos sus conflictos? á quién recurrieron en sus pesares? ¿No les habéis oído mil veces decir, llenos de un entusiasmo santo, que todo lo bueno que les ha acaecido, la abundancia de sus cosechas, la prosperidad de sus intereses, el éxito de sus especulaciones, la paz de sus familias, su dicha, su bienestar, se lo deben á María

santísima de los ángeles? Vosotros pues, hijos bienhadados de padres tan virtuosos, no os desviéis un punto de la senda que os dejaron marcada. Seguid constantes tributando á María el culto puro y verdaderamente ilustrado, de que vuestros antepasados os legaron tan bellos ejemplos. Ellos os contemplan hoy desde el cielo, y ofrecen sus votos ante el acatamiento de vuestra excelsa Reina por vuestra felicidad. Agrupáos en rededor de esa misteriosa imágen, y despreciando altamente las groseras preocupaciones de un siglo impío é inmoral, ofrecéd entre el humo sagrado que cubre el ara santa, y los acentos de júbilo que entonan los ministros del santuario, un corazón contrito, un espíritu humillado, seguros de hallar en María un lugar de refugio y un asilo perpetuo en todas vuestras necesidades.

Ó reina y señora de los ángeles! vos sois el genio protector de este pueblo. Á vuestro cuidado están confiados todos sus habitantes, sus hogares, sus posesiones, sus intereses y su porvenir. Mirádo pues desde ese trono majestuoso de gloria, en que os halláis colocada como soberana á la diestra de vuestro hijo, y visitádo con vuestras celestiales influencias: *Respice de coelo, et vide, et visita vineam istam* (1). Renovádo pues que lo plantó vuestra diestra, y hacéd brotar nuevos vástagos que lo hagan florecer de día en día, y producir frutos opimos de devoción sincera y cordial, de justicia, de virtud y de santidad: *Perfice eam, quam plantavit dextera tua* (2). Tiende tu mano protectora sobre estos, á quienes elegiste para formar un pueblo de adquisición, y sobre sus hijos, con quienes habéis confirmado y ratificado el pacto de alianza, que hicisteis en las pasadas generaciones: *Fiat manus tua super virum dexterae tuae, et super filium hominis, quem confirmasti tibi* (3). Entónces, vueltos á una nueva vida, jamas nos apartaremos de vos, invocaremos sin cesar vuestro dulce nombre, y este será para nosotros la prenda mas auténtica y el apoyo mas seguro de nuestra confianza: *Et non discedimus á te, vivificabis nos; et nomen tuum invocabimus* (4). Con esta viviremos tranquilos en este valle de quebranto, en esta region de dolor y de miserias: y llegado que fuere el día de nuestra recompensa, iremos á reinar con vos en compañía de los ángeles á las eternas mansiones del cielo.

(1) Psalm. 79. v. 15. (2) *Ibid.* v. 16. (3) *Ibid.* v. 18. (4) *Ibid.* v. 19.

SERMON

DE

NUESTRA SEÑORA DE LAS ANGUSTIAS.

(DE SÁNCHEZ SOBRINO.)

Libenter igitur gloriabor in infirmitatibus meis, ut inhabitet in me virtus Christi. Propter quod placeo mihi... in angustiis pro Christo.

Yo me gloriaré de buena gana en mis enfermedades, para que habite en mí la virtud de Cristo. Por tanto me complazco... en mis angustias por Cristo.

II. á los corintios, c. 12. v. 9 y 10.

Así habla, piadosos oyentes, así habla á los fieles de Corinto el apóstol de las gentes san Pablo, tratando de su raptó al cielo, de sus tribulaciones y de la verdadera gloria de un cristiano. Y adoptando yo hoy estas mismas palabras, no dudo manifestaros con arreglo á ellas las angustias y glorias de María, á presencia de la pasión y muerte de su Hijo. Enlace verdaderamente admirable, y que solo es capaz de obrar en las almas justas la gracia y el amor de Jesucristo. Si yo hablase en esta hora á unos oyentes incrédulos de las glorias y gozo de María en el conflicto de sus angustias por Cristo, reduciría la materia á principios, y haría ver por los de Fe una verdad que la Escritura, la tradición, los Padres y el espíritu mismo de la Religion católica concurren á demostrar. Miétras durare la verdad de los Libros canónicos, que será eterna como Dios, será asimismo indubitable, que ninguno puede ser salvo sin tener conformidad con Jesucristo, cabeza y ejemplar de los predestinados, de cuya mayor